

► Al maestro Fernando Cabieses Molina

ENRIQUE LEÓN SORIA¹



Conocí al maestro Fernando Cabieses Molina a través de sus estupendos *Apuntes de medicina tradicional*, donde con gran capacidad narrativa conversaba con el lector sobre sus puntos de vista y experiencias sobre el particular. Siempre me intrigó su condición de médico neurólogo y su actitud frente a la medicina tradicional, con sus verdades incontrastables, era la de un pensador y acucioso observador siempre imparcial.

Lo conocí personalmente a través de las reuniones y encuentros científicos que solía organizar como director y jefe del Instituto Nacional de Medicina Tradicional (INMETRA), a los que siempre me invitó a participar en mi condición de químico farmacéutico, profesor de Química Orgánica y director del Instituto de Química Orgánica Aplicada a la Farmacia de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pero principalmente por mi dedicación a la investigación de plantas, especialmente medicinales, en lo referente a sus metabolitos secundarios y su relación con la actividad biológica o farmacológica de ellas.

Fernando tuvo la visión de hacer del INMETRA una entidad formada por una red de filiales en todo el país, con la finalidad de recoger el acervo cultural y la raigambre en el pueblo peruano del manejo de la medicina tradicional en el tratamiento de los males. Creció el INMETRA bajo su dirección, gracias

a él se realizaron en nuestro país sendos congresos mundiales de medicina tradicional; desgraciadamente su obra quedó frustrada por la miopía permanente de los gobiernos de turno y el INMETRA pasó posteriormente de ser una entidad del Ministerio de Salud, con autonomía presupuestaria y programas propios, a una institución dependiente de otra.

Fue el eterno candidato a ministro de Salud por sus méritos ganados a pulso como médico neurólogo de gran renombre; lo vi sufrir calladamente el embate de sus enemigos gratuitos cuando se daba la renuncia o cambio de ministro, no porque él ambicionara el cargo, sino porque comenzaba la intriga y el vituperio hacia su persona. Su defensa de la medicina tradicional le costó en su momento la amonestación del Colegio Médico del Perú, que hoy, gracias a él, patrocina o auspicia eventos sobre el particular.

Siempre quiso que yo laborara en el INMETRA, pero razones de tiempo y ocupaciones profesionales como la docencia universitaria me impidieron por buen tiempo estar a su lado y colaborar con su soñada tarea. Finalmente se presentó la

¹ UNIVERSIDAD PRIVADA NORBERT WIENER. FACULTAD DE FARMACIA Y BIOQUÍMICA.

oportunidad de hacerlo. Fueron ocho años de hermosas experiencias que comenzaron el año 1995: me nutrí de su sabiduría, fue mi jefe por razones de jerarquía, fue mi amigo entrañable, supo ser compañero y hermano mayor, siempre predicó con el ejemplo la tolerancia, el saber escuchar y compartir, el dar antes que recibir.

Lector impenitente, escritor de polendas con un especial estilo que envolvía al lector con el cual conversaba amenamente. Su carácter alegre y enjundioso nos hacía gratas las horas de trabajo que pasamos a su lado; más que trabajo era una verdadera diversión y un aprendizaje permanente por su deseo de enseñar siempre. Recuerdo que en una oportunidad, reunidos en la puerta principal del Ministerio de Salud con motivo de una celebración oficial, él estaba al lado de la colega Elena Tumba, a quien involuntariamente le pisó el pie; le pidió disculpas para comentar graciosamente lo siguiente: "Elenita, estoy con un pie en la tumba".

El médico cirujano Roque Romero Méndez, alumno en su momento del maestro Cabieses, al hablar de sus disertaciones en San Fernando recordaba una frase genial de él cuando decía que "la salud es el silencio de los órganos". Expresiones como estas pintaban de cuerpo entero la genialidad de Fernando.

Recuerdo uno de esos tantos viajes que hicimos a la ciudad imperial del Cusco a propósito del seminario internacional que organizó sobre la uña de gato: fuimos a almorzar a un restaurante ubicado en una de las esquinas de la Plaza de Armas; él siempre ameno con sus comentarios sobre la civilización incaica y la historia del Cusco,

nos mantenía permanentemente atentos tanto a los científicos extranjeros que nos visitaban como a nosotros; al terminar nuestro almuerzo, salimos en grupo a caminar por la plaza y se acercaron como lo hacen siempre los guías de turismo para ofrecer sus servicios, tratando de atraer nuestra atención comentando sobre la historia de las calles aledañas y el origen de sus nombres. Grande sería la sorpresa de ellos así como de nosotros, cuando Fernando comenzó a preguntarles sobre el tema y corregirles en detalle lo que afirmaban, para finalmente quedar como guía turístico para el asombro de ellos, que no salían de su sorpresa por la erudición que desplegaba. Ese día aprendimos una vez más del maestro.

No puedo decirte finalmente, Fernando: "descansa en paz", porque sé que tu espíritu inquieto no te dejará tranquilo, estoy seguro de que estarás hurgando allá en el reino celestial, cómo se unen las alas en las espaldas de los ángeles, qué tipo de plumas tienen y seguramente cuestionando las jerarquías celestiales: ¿serán primero los arcángeles o los querubines, por qué cierran filas los ángeles? ¿Qué velocidad le imprimen a su vuelo: volarán más rápido los ángeles que los arcángeles? Y por supuesto, escribiendo tus apuntes para comenzar la larga colección de libros que se sumarán a los que tienes acá en nuestro valle de lágrimas, para satisfacción y contento de los habitantes del reino celestial. Esperaré con paciencia el volver a verte, Fernando, por supuesto si Dios lo quiere, para seguir disfrutando de tu amena conversación y bebiendo de tu sabiduría. Hasta pronto, amigo mío, Dios te guarde en su seno.